

## 20. El Cinturón de Hierro

Mentxu terminó de arreglar a su madre. Desde que su Francisco se fue no levantaba cabeza; le puso un bolso negro en el brazo izquierdo doblado y se cercioró de que llevaba el misal. La acompañó con paso corto hasta la puerta de la iglesia donde, aunque llegaba con media hora de adelanto, ya la esperaban unas amigas del mismo corte, con una horquilla le colocó bien la mantilla en la cabeza y le dio dos besos. Misa mayor, rosario y la novena a la Virgen, calculó como mínimo dos horas.

Hacía una semana que, con gran esfuerzo, había escrito a Antxon en Francia, aunque no estaba segura de que le llegara la carta. Después de varios intentos que terminaron en la papelera había hecho una confesión completa:

*Antxon, Yo te quiero mucho, pero la Amalia con mi pobrecito sobrino está en prisión, y con mi padre muerto la vida es muy difícil. Tengo que decirte que he conocido a un muchacho que nos ayuda, sobre todo a Amalia y a Lucas, porque es militar pero bueno. Que lo nuestro no puede ser y sé que lo entenderás. Cuídate mucho. Mentxu.*

Se sentía liberada, ya está. No se supo si la carta llegó a su complicado destino y aunque lo hubiera hecho, Antxon ya no estaba, se había embarcado poco antes rumbo a Bilbao en el Galdames.

Mientras que Maritxu, con los ojos cerrados, muy fervorosa, sacaba la lengua para recibir la comunión en la parroquia de Lezo, el buque Galdames, cautivo del destructor Canarias, entraba por la bocana del puerto de Pasajes y uno de sus tripulantes se lanzaba por la borda siendo abatido a tiros, como rezaba el parte. Así, el oficial encargado de la custodia de los tripulantes y pasajeros no solo no fue recriminado por la huida de uno de ellos, sino que fue felicitado por fusilarlo entre dos aguas. De hecho, el resto del barco fue casi totalmente pasado por las armas más tarde. No conocían a Antxon.

Dos golpes con los nudillos sonaron en la puerta. Mentxu se había preparado como una sencilla ama de casa, mandil encima de una bata azul pálido a cuadros, no muy ancha, que le marcaba las caderas y con dos botoncillos casualmente desabrochados, uno arriba y otro abajo. Hacendosa y concedora de los gustos de Ramón, había horneado un besugo cuyo olor alimentaba las envidias de los vecinos y aumentaba los cuchicheos. No era un aroma propio de la guerra.

El apuesto oficial llegaba sudoroso con el cuello bien abotonado y orgulloso de sus nuevos galones. ¡Le habían ascendido a teniente!

Saltaron los dos primeros botones de la pechera, el besugo se secó como un bacalao, el delantal se quedó puesto a modo de babero y la bata quedó en el pasillo cual alfombra. El laureado oficial no podía creer que la realidad superara sus más atrevidos sueños eróticos. Su amante le cosió los labios con mordiscos a modo de cremallera cuando intentó un te quiero, aclarando así que las cosas del querer son aparte.

Dos horas no fueron suficientes para apagar el fuego de Mentxu cuando Ramón tuvo que replegarse

a su cuartel, con un kilo menos de peso, después de farfullar diez veces su amor y jurar que la llevaría a Saturrarán a visitar otra vez a Lucas y a Amalia.

A medianoche tocaron a la puerta, la bella amante pensó que Ramón había vuelto a escaparse del cuartel y con un sugerente camisón giró la manilla, dispuesta, otra vez, a disfrutarlo. Quedaba medio besugo, calculó.

—Mentxu, soy yo —dijo alguien susurrando desde la oscuridad.

Escudriñó la negrura del rellano.

—¡Antxon, Antxon! Pasa, pasa. Pero, ¿qué haces aquí? —dijo asombrada y asustada, a la vez que cerraba la puerta y la bata, escondiendo sus promesas.

El hombre que tenía delante no era ni la sombra de aquel sonriente y osado Antxon. Tendría seis kilos menos, su delgadez le empequeñecía, las grandes ojeras le daban un halo triste. Nunca tuvo excesivo pelo pero ahora era lacio y demasiado fino; la ropa mojada le estaba grande y sus pies oscuros iban descalzos. Al entrar en casa arrastró su pierna derecha, venía herido.

Las pocas horas de diferencia entre uno y otro pretendiente habían evitado una nueva guerra civil doméstica, de consecuencias imprevisibles, dos candidatos de bandos opuestos y aspirantes al mismo premio.

Durante una semana, Mentxu cuidó de su antiguo novio, lo lavó, limpió la herida poco profunda en su muslo derecho, lo alimentó como a una oca y logró que recuperara el color y un poco de peso. Temía que alguien sospechara de su presencia, pero lo que más le inquietaba era la actitud poco colaboradora de Maritxu. Le gustaba más el uniforme, la marcialidad y educación de Ramón.

—Madre, tengo que hablar contigo —la abordó mientras desayunaba al día siguiente de llegar Antxon. La apelada se quedó embobada con la cuchara a medio camino entre su boca y el tazón de café con leche—. Te prohíbo que digas nada de Antxon —continuó—, nos jugamos no solo nuestras vidas, sino las de Amalia y Lucas, que son más sagradas. Júrame que jamás hablarás del tema.

—Lo juro —dijo con voz baja.

—No, no. Júralo por tu marido, que en paz descanse y por Dios —insistió.

—Lo juro por mi Francisco y por Dios —concedió asustada—. Pero que se vaya ya —añadió decidida.

Solo quedaba evitar a Ramón, que era un santo, pero entre que tengo la regla y un revolcón en la traseca de una camioneta militar para evitar que subiera a su casa, porque supuestamente estaba su madre con unas amigas, no sospechó nada.

Lo más difícil sería enfrentarse a Antxon, que, aunque simple, era muy astuto.

—Antxon —empezó a recitar la carta que nunca leyó el destinatario—, yo te quiero mucho...

—Mentxu, no te preocupes. No digas nada por favor —le interrumpió—, mañana me iré antes de que amanezca, intentaré subir a cualquier pesquero que vaya a Gran Sol y de allí ya me las apañaré —concluyó frente a su antigua novia boquiabierta.

Hablaba sin rencor, como si hubiera leído la carta que nunca recibió, estuvo hasta comprensivo. Mentxu sintió un cierto pellizco por la ausencia de celos. O estaba haciendo un enorme esfuerzo o ya no la quería. Pero no tenía ella ningún derecho al mínimo reproche.

Esa noche, la última, él pasó a la cama de su ex-novia, ella no se opuso a darle calor pero no consintió

en hacer el amor, sin embargo, sí le ayudó con su generoso pecho a masturbarse dos veces.

Ramón era un aragonés abierto y simpático, de buen talante, tenía la delgadez propia del momento, de la guerra, pero sus espaldas, estatura y hasta su cara denotaban una buena ascendencia y su tendencia a la hermosura. Buscaba siempre la parte positiva de las cosas, tal vez en exceso, llegaba a cabrear a sus compañeros en su afán de tergiversar los hechos hasta transformarlos en buenos. Su bigotito, como un desfile de hormigas, era el recuerdo de su paso acelerado por la Academia Militar de Zaragoza, donde destacó tanto que lo secuestró el Gobernador Militar de Guipúzcoa, evitándole pisar el frente, como él había soñado al principio. La bella Mentxu le aferró los pies a Pasajes haciéndole olvidar sus aspiraciones marciales y heroicas. En la vida civil era estudiante de tercero de Ingenieros. Una perla.

—¡Coño, Ramón, a ver cuándo me haces un informe definitivo del Cinturón ese, de los cojones. Mola me lo está pidiendo hace días y ya no puedo retrasarlo más. Joder! —Le apremiaba el gobernador en su despacho de San Sebastián.

—A sus órdenes mi teniente coronel. Pero, es que las fotos aéreas no aportan mucho. Tendría que volver a Ondarroa, tal vez allí sobre el terreno... —Ramón ya no sabía cómo justificar tanto viaje a las proximidades de Saturrarán.

—Ni peros ni hostias, vete a donde quieras pero, ¡hazlo ya!, de una puta vez. Vamos a llegar a Santander antes de que nos digas cómo tomar Bilbao. —Una reciente llamada del Cuartel General de Burgos había encendido las alarmas y las prisas.

Sobre una larga mesa, donde quizás se reunía hace un año el Comité de Defensa de la República, Ramón

tenía esparcidos varios planos desdoblados, muchas fotografías aéreas y un buen volumen de documentación bien ordenada cronológicamente. Una y otra vez, estudiaba con meticulosidad los proyectos encontrados en esas dependencias cuando tomaron la ciudad, los mismos que los republicanos abandonaron en los cuarteles de Saturrarán. Luego los comparaba con las instantáneas aéreas y con los informes que los infiltrados enviaban de mil maneras. Definitivamente no coincidían.

Era imposible que los bunkers y las trincheras diseñadas tuvieran el grosor y el diseño del proyecto, habría sido necesario diez veces más de material, de trabajadores y de tiempo que lo que indicaban los distintos informes cifrados sobre su evolución. Imposible. También las fotografías, aunque poco claras, mostraban unas trincheras mucho más rectilíneas y endebles.

El frente estuvo estabilizado entre Guipúzcoa y Vizcaya durante casi medio año y, salvo algunos escarceos, las posiciones no se movieron. Los franquistas tenían otras muchas batallas que resolver en el resto de la península y no podían dedicar más recursos al Norte. Sin embargo, Hitler, que ya no ocultaba su apuesta por Franco, presionó y dedicó más aviones y pilotos de la Legión Cóndor para que se avanzara en aquel rincón cuya industria pesada y minas podían ser vitales para sus aspiraciones bélicas.

Hubo dos posiciones enfrentadas, la del general von Richthofen, responsable de la tropa alemana aérea y la del general Mola. Su rivalidad era proverbial; mientras que el alemán era partidario de avanzar cuanto antes y recibir intactos los núcleos industriales y mineros de Vizcaya, Mola estaba decidido a

ralentizar la ofensiva del Norte en función de la evolución de otros frentes y, lo más importante, quería arrasarlo los terrenos conquistados para evitar que las provincias vascongadas volvieran a levantarse.

Las desavenencias eran tales que Franco tuvo que mediar y conceder a von Richthofen la facultad de despachar directamente con él, lo que suponía a la larga una imposición. El general Mola falleció antes de la toma de Bilbao, el tres de junio, en un accidente de aviación, al igual que lo hiciera el general Sanjurjo en los días del Alzamiento, casi un año antes, cuando volvía de Portugal para hacerse cargo de la situación. Del triunvirato de generales: Franco, Sanjurjo y Mola, dos fallecieron en sendos accidentes de aviación.

Es posible que esta curiosa circunstancia ayudara a evitar la quema y ruina de Bilbao, pero, por contradictorio que parezca, no solo Mola quería arrasarlo la capital, muchos republicanos extremistas pretendían no dejar en su retirada ni los rescoldos a sus enemigos, solo tierra quemada.

A finales de marzo de 1937 se inicia la ofensiva hacia Bilbao coincidiendo con el bombardeo a Durango, una masacre menos publicitada que Guernica pero no menos cruenta. La Aviación Legionaria Italiana rivalizaba con La Legión Cóndor de Hitler dejando un reguero de civiles acribillados con la extraordinaria habilidad de no tocar ninguna instalación industrial, que teóricamente era su objetivo.

El avance era retenido a duras penas por los republicanos esperanzados en poder refugiarse en el Cinturón de Hierro que debería parar definitivamente a los sublevados. Hubo enormes sacrificios en Elgueta, Ochandiano..., con cientos de muertos, había que resistir y dar tiempo a finalizar la cacareada

esperanza del refugio y bastión. Empezó a cundir el pánico y el pesimismo, algunas tropas en retirada se protegieron en los bosques vizcaínos donde la aviación alemana practicaría con sus terribles bombas incendiarias.

—¡Ramón! Ven inmediatamente —gruñó el gobernador militar a su ayudante.

—Tenías tú razón, el cinturón ése de los cojones es pura filfa —confirmó rotundo para sorpresa del desconcertado ingeniero en ciernes.

—Pero, ¿cómo lo sabe mi teniente coronel? —preguntó sorprendido el oficial que llevaba meses afirmando esa teoría poco probable.

—Que... ¿Cómo lo sé? Ni te lo imaginas. Lo sé y basta —quiso prolongar su secreto deleitándose en el hecho de que él, siendo un militar, supiera más de obras civiles que Ramón, técnico especializado en ellas.

Alejandro Goicoechea, el ingeniero responsable de la construcción del Cinturón de Hierro se pasó a las filas franquistas, él, sus planos, el *planing* de obra y todos sus secretos. Semanas antes lo intentaron dos ayudantes suyos sin lograrlo, fueron descubiertos y fusilados por los republicanos.

Ramón se sintió halagado cuando se confirmaron sus predicciones, aunque en su fuero interno no compartía el alborozo de sus superiores por la deserción del ingeniero jefe, cuestión de prurito profesional. Unos días después, en cuanto tuvo ocasión de estudiar los planos que llevó Goicoechea, comprobó lo endeble y absurdo de las sobre-valoradas defensas. Nada hacía creer que la supuesta fortaleza habría podido resistir un solo asalto: el grosor de los bunkers era insuficiente para el calibre de la artillería y las bombas, sus cañones eran escasos y



pequeños, el diseño de las trincheras no aprovechaba la orografía favorable del terreno, el retraso en su construcción sorprendía... Un sinfín de despropósitos que le hacían sospechar de la intención del proyecto desde su origen. Pero calló, no quería echar más leña al fuego que ya estaba apagado.

Él estaba enamorado del falso proyecto que permanecía extendido sobre la mesa, ése sí hubiera resistido todos los embates. ¿Qué pasó? ¿El proyecto falso era el verdadero pero nunca se hizo?, ¿lo cambiaron?, ¿el cinturón fue siempre un espejismo o una farsa?, ¿simplemente una esperanza?, ¿o desde su origen fue un sabotaje?

El once de junio, sabedores de los puntos débiles del Cinturón de Hierro, los franquistas lo asaltaron sin dificultad por su punto más débil, a diez kilómetros de Bilbao. El único consuelo de los defensores fue saber que el general Mola ya no estaba para disfrutar de su victoria, lo odiaban y le temían, no había otro que fuera más culpable de su desgracia.

